

Del autor del best-seller *Las siete muertes de Evelyn Hardcastle*

STUART
TURTON



EL
DIABLO
Y EL
MAR
OSCURO

Corre el año 1634 y Samuel Pippis, el detective más famoso del mundo, está prisionero en el *Saardam* rumbo a Ámsterdam, donde se enfrenta a un juicio y a la horca. Junto a él viajan su fiel amigo, Arent Hayes, decidido a probar la inocencia de Pippis, y Sara Wessel, la esposa del gobernador general de Batavia, en las Indias Orientales.

Súbitamente, una serie de misteriosos sucesos desconcierta a la tripulación y a los pasajeros: un extraño símbolo aparece en una vela, un leproso fallecido ronda por el barco y varios animales aparecen sacrificados. Y, por si fuera poco, una voz aterroriza a los pasajeros entre las sombras con una terrible profecía: van a ser testigos de tres milagros diabólicos. El primero, una persecución inverosímil; el segundo, un robo inconcebible; el tercero, un asesinato imposible de cometer. Con Pippis entre rejas, Arent y Sara tendrán que resolver solos el misterio que amenaza con enviarlos a todos a las profundidades del océano.

Índice

Prólogo

Relación de pasajeros

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

82

83

Una disculpa a la historia

Agradecimientos

Para Ada

Ahora tienes dos años y estás dormida en tu cuna. Eres muy extraña y nos haces reír mucho. Cuando leas esto, serás otra persona completamente distinta. Espero que aún seamos amigos. Espero ser un buen padre. Espero no cometer muchos errores y que me perdones lo que haya hecho. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, pero siempre me esfuerzo.

Te quiero, pequeña. Esto es para ti. Para la persona en que te conviertas.

Prólogo

En 1634, la Compañía Unida de las Indias Orientales era la empresa de comercio más rica de la época. Sus puestos comerciales se extendían por toda Asia y El Cabo, en Sudáfrica. El más rentable era Batavia, en Indonesia, que enviaba macía, pimienta, especias y sedas a Ámsterdam a bordo de su flota de galeones Indiaman.

El viaje duraba ocho meses y estaba plagado de peligros.

Los océanos eran, en su mayor parte, territorio desconocido, y las herramientas de navegación, muy rudimentarias. Solo existía una ruta conocida entre Batavia y Ámsterdam, y los barcos que se apartaban de ella se perdían con frecuencia. Incluso los que seguían fielmente la «caravana» estaban a merced de las enfermedades, las tormentas y los piratas.

Muchos de los que se embarcaban en Batavia no llegaban nunca a Ámsterdam.

Relación de pasajeros destacados y de la tripulación a bordo del *Saardam* con destino a Ámsterdam, confeccionada por el chambelán Cornelius Vos

Dignatarios

Gobernador general Jan Haan, su esposa, Sara Wessel, y su hija, Lia Jan
Chambelán Cornelius Vos
Capitán de la guardia Jacobi Drecht
Creesjie Jens y sus hijos Marcus y Osbert Pieter
Vizcondesa Dalvhain

Pasajeros destacados

Predicador Sander Kers y su pupila, Isabel
Teniente Arent Hayes
Oficiales del *Saardam*
Primer Mercader Reynier van Schooten
Capitán Adrian Crauwels
Primer oficial Isaack Larme

Tripulación destacada

Contramaestre: Johannes Wyck
Condestable: Frederick van de Heuval

El prisionero Samuel Pippes

1

Arent Hayes aulló de dolor cuando una piedra golpeó su corpulenta espalda.

Otra silbó cerca de su oreja; una tercera lo alcanzó en la rodilla y se tambaleó, lo que arrancó las burlas de la masa despiadada que buscaba en el suelo más misiles con que acribillarlo. La guardia de la ciudad los contenía, mientras sus labios babeantes escupían insultos, con los ojos negros de maldad.

—Protégete, por lo que más quieras —imploró Sammy PIPPS por encima del estruendo. Sus cadenas brillaban al sol mientras avanzaba a trompicones por el suelo polvoriento—. Es a mí a quien quieren.

Arent era el doble de alto y la mitad de ancho que la mayoría de los hombres de Batavia, incluido PIPPS. Aunque no estaba preso, había colocado su enorme cuerpo entre la multitud y su amigo, mucho más pequeño, ofreciéndoles tan solo una rendija a través de la que atacar a su objetivo.

Antes de la caída de Sammy, los llamaban el oso y el gorrión. Ahora más que nunca eran unos motes adecuados.

Llevaban a PIPPS de las mazmorras al puerto, donde un barco los transportaría a Ámsterdam. Cuatro mosqueteros los escoltaban, pero se mantenían a distancia, por temor a convertirse también en dianas.

—Me pagas para protegerte —rugió Arent, se limpió el sudor polvoriento de los ojos y trató de calcular cuánto les quedaba para llegar a un lugar seguro—. Y lo haré hasta que no pueda hacerlo más.

El puerto quedaba detrás de unas enormes puertas, al otro extremo del paseo central de Batavia. En cuanto se cerraran tras de sí, estarían a salvo del gentío. Por desgracia, seguían en la cola de una larga procesión que se movía lentamente, aplastada por el calor. Las puertas parecían igual de lejanas que cuando habían abandonado la asfixiante humedad de la mazmorra a mediodía.

Una piedra cayó a los pies de Arent y ensució sus botas de polvo seco. Otra rebotó en las cadenas de Sammy. Los vendedores ambulantes las vendían a la gente a cambio de dinero.

—Maldita Batavia —gruñó Arent—. Esos desgraciados no toleran los bolsillos vacíos.

En un día normal, esa gente estaría comprando a los panaderos, a los sastres, a los zapateros, a los encuadernadores y a los fabricantes de velas que se alinean en el paseo. Sonreírían y se reirían, se quejarían del calor infernal, pero bastaba que se encadenase a un hombre y lo ofrecieran para atormentarlo para que el alma más dócil se entregara al demonio.

—Quieren mi sangre —argumentó Sammy, que trató de apartar a Arent—. Ponte a salvo, te lo suplico.

Arent miró hacia abajo, a su aterrorizado amigo, cuyas manos empujaban su pecho, sin el menor resultado. Tenía los rizos oscuros aplastados contra la frente, y los pómulos afilados eran de color púrpura por las palizas propinadas durante el cautiverio. Sus ojos marrones, habitualmente irónicos, estaban muy abiertos y desesperados.

Incluso maltratado, era un bastardo atractivo.

Por su parte, Arent llevaba el cráneo rapado y tenía la nariz chata por los golpes. Alguien le había arrancado un pedazo de la oreja derecha en una pelea, y unos torpes latigazos de años atrás le habían dejado la larga cicatriz que cruzaba su cuello y su mentón.

—Estaremos a salvo en cuanto llegemos a los muelles —dijo Arent, tozudo, levantando la voz por encima de los

víttores que se oían en el desfile.

El gobernador general Jan Haan encabezaba la procesión montado en un semental blanco, con un peto abrochado por encima del jubón, y la espada repiqueteando contra su cintura.

Hacía trece años que había comprado el pueblo en nombre de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Tan pronto como los nativos firmaron el contrato, lo quemó hasta los cimientos, y con las cenizas trazó las nuevas carreteras, los canales y edificios de la ciudad que ocuparía su lugar.

Batavia era el puesto comercial que mayores beneficios procuraba a la Compañía, y Jan Haan volvía a Ámsterdam para unirse al consejo director de la Compañía, los enigmáticos Caballeros 17.

Mientras su caballo trotaba por el paseo, el gentío lloraba, lo vitoreaba y estiraba las manos hacia él, tratando de tocarle las piernas. Arrojaban flores y decían fervientes bendiciones a su paso.

Él los ignoraba con la barbilla erguida y los ojos fijos al frente. De nariz aguileña y calvo, a Arent le hacía pensar en un halcón colgado de un caballo.

Cuatro esclavos jadeantes pugnaban por seguir su ritmo. Arrastraban un palanquín dorado donde llevaban a la esposa y la hija del gobernador general, y una doncella arrebolada correteaba tras él y se abanicaba a causa del calor.

Detrás de ellos, cuatro mosqueteros de piernas arqueadas sostenían las esquinas de una pesada caja que contenía la Locura. El sudor les chorreaba por la frente, les cubría las manos y las hacía resbaladizas. A menudo se les caían las esquinas y el miedo se pintaba en sus rostros. Sabían que si el trofeo del general se dañaba, el castigo sería terrible.

Una amalgama desordenada de cortesanos y aduladores, administrativos de alto rango y favoritos de la familia, trotaba tras ellos; sus años de conspiraciones se habían vis-

to recompensados por la oportunidad de pasar una tarde incómoda observando la partida del gobernador de Batavia.

Distraído por sus observaciones, Arent no se percató de que había un hueco entre él y su protegido. Una piedra silbó y le dio a Sammy en la mejilla, lo que desató un reguero de sangre, saludado con vivas de la gente.

Arent perdió los estribos, recogió una piedra y la arrojó al atacante, con tal furia que le dio en el hombro y lo abatió. La muchedumbre chilló ultrajada y se abalanzó sobre los guardas que trataban de contenerlos.

—Buen tiro —murmuró Sammy apreciativamente, y bajó la cabeza para evitar la lluvia de piedras que caía sobre ellos.

Cuando llegaron a los muelles, Arent cojeaba, y todo su enorme cuerpo le dolía. Sammy tenía moratones, pero no había sufrido más daños. Aun así, soltó un grito de alivio al abrirse las puertas frente a ellos.

Al otro lado había un laberinto de grúas y cuerdas enrolladas, altas pilas de barricas y pollos que chillaban en canastas de mimbre. Los cerdos y las vacas los miraban alicaídos, mientras los estibadores gritaban y cargaban las mercancías en barcasas que se balanceaban al borde del agua, listas para ser transportadas hasta los siete galeones India-man anclados en el resplandeciente puerto. Las velas se desenrollaban y los mástiles quedaban desnudos, parecidos a cucarachas muertas con las patas al aire, pero pronto cada galeón contaría con trescientas almas entre pasajeros y tripulación.

La gente agitaba sus bolsas de monedas en los transbordadores que iban de aquí para allá, y empujaban hacia delante cuando alguien gritaba el nombre de su barco. Los niños jugaban al escondite entre las cajas, o se aferraban a las faldas de sus madres, mientras los padres miraban furiosos al cielo, para obligar a la fiera extensión azul a liberar una nube.

Los pasajeros más pudientes estaban apartados, rodeados por sus criados y sus costosas maletas. Rezongaban bajo las sombrillas, se abanicaban fútilmente y sudaban bajo lazos de seda.

La procesión se detuvo y las puertas empezaron a cerrarse tras ellos, con lo que apagaban el sonido de rebuzno de la masa.

Unas pocas piedras más alcanzaron las cajas y, al fin, el ataque terminó.

Arent exhaló un largo suspiro, se dobló en dos con las manos sobre las rodillas y el sudor le cayó de la frente al suelo polvoriento.

—¿Estás malherido? —preguntó Sammy, inspeccionando un corte en la mejilla de Arent.

—Estoy bastante borracho —gruñó Arent—. Por lo demás, no demasiado mal.

—¿Confiscó la guardia mi caja de alquimia?

Había miedo en su voz. Entre sus numerosos talentos, Sammy era un hábil alquimista, y en su caja tenía las tinturas, los polvos y pociones que había elaborado para ayudarse en su trabajo deductivo. Le había llevado años crearlos con ingredientes que tardaría mucho en reemplazar.

—No, la cogí de tu habitación antes de que registraran la casa —dijo Arent.

—Bien —aprobó Sammy—. Hay unguento en una jarrita. La de color verde. Aplícatela a las heridas cada mañana y cada noche.

Arent arrugó la nariz, disgustado.

—¿Es la que huele a orina?

—Todas huelen así. No es un buen unguento si no huele a orina.

Un mosquetero se acercó desde el embarcadero y llamó a Sammy. Llevaba un sombrero traqueteado con una pluma roja, y la desgastada visera le tapaba los ojos. Una mata de pelo rubio y sucio le caía sobre los hombros, y la barba le cubría parte de la cara.